él y por su hijo; un sitio espiado por los aduaneros que pueblan todo aquel campo, con continuas emboscadas: un rio en que pescan fraudulentamente por la noche los aldeanos; la cuesta de la Darde cerca de la cual se hallan la casa de labor de la Baty y el pueblo de Rhotonod y que se halla á una media legua de Belley. El cielo estaba cubierto, habia llovido, y él escoge un momento en que la luna iluminaba el camino; finalmente, se vale de su martillo para matar á Luis Rey; arma cuyas huellas son tan fáciles de reconocer y de comprobar: usa de pistolas de su pertenencia, cuando Peytel debe saber desde el establecimiento de las gacetas de tribunales, que las balas, las pistolas, martillos, las armas de fuego, los objetos contundentes han dado por sus efectos propios, pruebas materiales, evidentes, en cien procesos criminales; y este hombre segun la acusacion habia premeditado su crímen! Peytel, pues, habria tenido relativamente á su culpabilidad en la eleccion de los sitios y de las armas, el mismo acierto que en la época con relacion á sus intereses! Habria escogido la ocasion en que la muerte de la esposa le producia menos y el sitio en que todo estaba contra él!

"Ecsaminemos ahora las circunstancias que han seguido á esta doble desgracia, sin olvidar que la muerte de la pobre Felicia Alcazar es, á no dudarlo, un resultado de la mas funesta casualidad, porque Peytel no se dirigió mas que contra Luis Rey. Por ingrata y mala que fuese su esposa para con él, hubiera siempre sido un apoyo para su defensa. El estupor de Peytel al verla muerta, fué sin duda ocasionado por esta consideracion. Yo he visto al herrero Thermet, quien me ha asegurado que Peytel no podia ni aun tener de la brida á su caballo, cuando él y su hijo colocaban el cuerpo de Felicia Alcazar en el carruaje. Segun sus palabras, Peytel habia caido en el mas profundo abatimiento. En él he reconocido yo ese anonadamiento que sigue á los caractéres violentos, á los grandes esfuerzos y al desarrollo de una fuerza inusitada. Peytel es bueno, creia á su esposa viva aun, y despues de haber muerto á Luis Rey volvió á ella: al verla cadáver quedó anonadado por la pérdida de Felicia, por la de su hija y por el peligro de su posicion. Fué sacado de su atolondramiento por la vista del cadáver de Luis Rey; todo su furor se despertó entonces y quiso hacer pasar su carruaje por encima de él esclamando: "Ese es el asesino de mi infeliz esposa!" En todo esto nada hay que no sea muy natural admitiendo la posicion confesada por Peytel.

"Olvidaba decir, que en la audiencia, la acusacion ha presentado á Peytel como un triple asesino, contando á su hija que no ecsistia ni legal, ni social, ni naturalmente, en el número de los asesinatos premeditados. Esa es una horrible farsa judicial. La discusion de los intereses de Peytel demuestra las grandes ventajas que la paternidad le proporcionaba."

Aquí Mr. Balzac acusa á la instruccion de haber descuidado el ecsámen de las huellas de los pasos de los tres actores de este misterioso drama, y el surco de las ruedas de los dos carruajes. "¿A qué distancia del carruaje de Peytel se hallaban las huellas de los pasos de Luis Rey? La disposicion de estas huellas, hubiera podido servir para apoyar la declaracion de Peytel, cuando este afirmó que habia herido á Luis Rey en su fuga. Reconociendo los pasos de Felicia Alcazar, desde el sitio en que esta salió del carruaje hasta el paraje en que se la encontró, se hubiera sabido si ella habia andado y si habia ido sola ó acompañada."

Mr. Balzac continúa aun estensamente esta protesta en favor de Peytel; pero á pesar de los esfuerzos del célebre escritor, la conviccion del tribunal superior fué la misma que la de la cámara de asises. Peytel fué definitivamente condenado, y el 28 de Octubre de 1839 murió en la plaza de Bourg.

Hoy dia Mr. Roselli Mollet, á quien la acusacion parece inculpar de demasiado complaciente con Peytel; Mr. Roselli Mollet toma asiento, como representante del pueblo, en la asamblea nacional.

PEDRO MIQUELON Y BERNABE CABARD.

I.

En uno de los dias del mes de Octubre del año de gracia 1415, la posada de los *Tres Reyes* se hallaba en una desusada agitacion. Esta posada cuya situacion seria posible reconocer hoy dia, ostentaba su muestra en la parte media de la calle del Infierno; el posadero Chapolard, que era de costumbre gruñon y descontentadizo, tenia aquel dia una fisonomía risueña. Margarita, que constituia toda la servidumbre de la casa, daba gracias al cielo por el cambio de carácter de Chapolard: porque la pobre muchacha acostumbrada á los bufidos de su amo, debia contar entre sus dias felices el que hemos indicado al principio de nuestra narracion.

Lo que causaba la alegría del hostalero, era la llegada de dos caballeros jóvenes y estranjeros; fácil era de conocer á primera vista que ambos viajeros pertenecian á una clase distinguida; los dos eran nobles, y Aragon habia sido su cuna. Uno de ellos de treinta años de edad, llevaba impresas en sus facciones las huellas de continuos insomnios: el estudio era, á no dudarlo, su único objeto; su viaje á Paris, debia haber sido dispuesto á consecuencia de muy sérias reflecsiones: era en una palabra uno de esos hombres de fisonomía tranquila y reflecsiva cuya vida se gasta en la resolucion de los grandes problemas filosóficos. Su compañero podria tener unos veinte años, y seguramente al ver su buen humor y su poca aprension, era difícil esplicar cómo aquellos dos hombres podian vivir juntos. La circunspeccion y el aturdimiento; tal era el contraste que ofrecia aquella heterogénea pareja. Pero á pesar de todas estas diferencias, eran hermanos y se querian entrañablemente.

Cada uno de ellos llevado de distintas inclinaciones, habia ido á Paris con disiinto objeto; uno para estudiar las costumbres del país, el otro para satisfacer un vago deseo que nos dirige á lo desconocido, y no considerando aquel viaje sino como un nuevo pasto á su curiosidad de niño.

Habian alojado á nuestros dos viajeros en la mas hermosa habitacion de la posada de los *Tres Reyes*. Les fué servida una cena en la que Chapolard habia desplegado todo su talento culinario, y finalmente, necesitando de descanso, los dos viajeros se entregaron al sueño en tanto que el posadero calculaba en su cama las considerables ganancias que le proporcionaria la inopinada llegada de sus dos huéspedes, cuyos nombres habia ya inscrito en el *album* de su posada: *los caballeros Andrés y Julio, hijos del conde de Pontarbo.*

II.

Al siguiente dia el mas jóven de los dos hermanos preguntó al posadero, dónde hallaria una barbería. Chapolard le dió las señas de un barbero,

que habia en el monte de San Hilario, cerca de la iglesia de Santa Genoveva, y cuya habilidad y estremada limpieza habian llegado á ser proverbiales. Este barbero se llamaba Cabard y tenia con efecto una reputacion justamente adquirida. Debemos decir ademas que Cabard era padre de una linda muchacha, que tal vez contribuia á aumentar la parroquia de la casa. Sea de esto lo que quiera, nadie mejor que nuestro barbero sabia retorcer un bigote, y la mas rebelde barba no podia resistir á la agilidad de su navaja.

Lindante con esta tienda, ¡hallábase la de un pastelero. Pedro Miquelon habia adquirido tambien una gran celebridad en su arte, y sus pasteles eran tan apetitosos, que todo Paris se agolpaba en la tienda del pastelero del monte San Hilario. Inútilmente sus compañeros procuraban dar con el secreto de sus pasteles; y nunca pudieron hallar la receta con la que habia llegado á dar á sus pastas el delicado sabor y finura que constituian al mismo tiempo la gloria de Miquelon y la desesperacion de sus rivales.

Así es que á pesar de todos los envidiosos, los dos vecinos Cabard y Miquelon caminaban con agigantados pasos por la senda de la fortuna. Uno y otro aspiraban á los cargos de regidores, y estaba muy prócsimo el momento en que iban á ser premiados con esta muestra de distincion.

III.

El posadero de los *Tres Reyes* envió, pues, á su huésped Julio á casa de Bernabé Cabard.

La hija del barbero, como hemos ya dicho, era estremadamente linda, y así fué que la impresion que produjo en el jóven aragonés fué un chispazo eléctrico; y se dedicó á amar como un loco á aquella niña cuya esterioridad anunciaba el candor y la inocencia, consagrándose con todo el ardor de sus veinte años á aquella nueva intriga. La niña lejos de hacer desesperar á su adorador, parecia por el contrario animarle en sus galanterías. Atraido por aquella sirena, habia llegado á ser un asíduo parroquiano de la casa, y hacia repetidísimas visitas á la barbería.

Corrian rumores estraños acerca de la hija del barbero. Su hermosura habia causado, segun decian, muchas desgracias. Citábase un crecido número de adoradores, apasionados como el jóven aragonés, que despues de haber suspirado inútilmente, habian desaparecido sin que se hubiese vuelto á tener noticia de ellos. Añadia la crónica que la desesperacion los habia vuelto locos, y opinaban muchos que todos sus amantes, vendidos al demonio, eran infaliblemente arrebatados por Satanás, en el momento en que conseguian ablandar el corazon de la hija del barbero.

Una tarde, en que ambos hermanos se hallaban sentados de sobremesa en la posada de los *Tres Reyes*, Chapolard que tenia una especie de veneracion hácia sus dos huéspedes, creyó deber arriesgar una reflecsion, referente á los rumores que empezaban á circular sobre la pasion del jóven aragonés hácia la hija de Cabard.

—¡Señor, le dijo, esa pasion será funesta! La muchacha que galanteais está maldita, y creedme, renunciad á ese amor si amais á vuestro hermano; y si no quereis que tengamos que llorar muy en breve vuestra pérdida, dejad de visitar á esa mujer, cuyo primer favor causa la muerte.

Estos avisos, aunque dados con la sinceridad de un amigo respetuoso, y emitidos con la emocion de un hombre crédulo, produjeron muy naturalmente el efecto contrario del que deseaba Chapolard. Todos los amantes son lo mismo: para avivar su pasion basta el intentar apartar al uno del lado del otro.

Así es que Julio dejó á su hermano con Chapolard, y se dirigió apresuradamente á la tienda del barbero Cabard.

IV.

Frente por frente de las acreditadas tiendas de Miquelon y de Cabard, hallábase situada otra, triste, mezquina, ahumada y habitada por un cerrajero llamado Gomire. Gomire tenia mas alcances que la mayor parte de sus compañeros de oficio; pero como vivia en un sucio y miserable zaquizamí; como daba apenas de comer á los ocho hijos que su esposa le habia dejado al morir, nadie sospechaba que un pobre herrero pudiese valer algo. De modo que nunca le encargaron obra alguna de importancia, y á lo mas se le creia capaz para desenmohecer algun viejo cerrojo que no se hallaba corriente, ó para acomodar una llave vieja en una vieja cerradura.

Y ademas, como estas mezquinas obras llegaban de tarde en tarde, Gomire y sus hijos se veian á veces en la dura necesidad de acostarse sin cenar.

En esos dias en que faltaba el pan en aquel miserable recinto, Gomire se retiraba al fondo de su covacha, y desde allí dirigia sus ojos preñados de lágrimas, sobre la multitud de gentes que entraban y salian de las tiendas favorecidas de sus vecinos. Reflecsionaba entonces, lleno de amargura, en los singulares caprichos de la fortuna, que á unos les dá todo, y á otros todo se los niega.

En esta disposicion de ánimo se hallaba Gomire, cuando Julio despues de haberse separado de su hermano y del posadero de los *Tres Reyes*, entró alegremente en la tienda de Bernabé Cabard.

Viendo entrar en casa del barbero aquel caballero jóven, cuyo buen porte y elegantes modales revelaban una posicion elevada, Gomire no pudo contener un amargo suspiro.

—He ahí un jóven que va á gastar un dineral en arreglarse la barba..... y yo no tengo pan para acallar el hambre de mis pobres hijos!

Y al decir esto dirigió una mirada de dolor á sus ocho hijos, que arrodillados ante un crucifijo de madera que habia en la trastienda, alzaban al cielo sus flacas manecitas, pidiendo á Jesucristo y á su Madre que viniesen en su amparo y les diese medios para aliviar el hambre que les acosaba.

El corazon de Gomire se oprimió horriblemente á la vista de aquel espectáculo, y virtió abundantes lágrimas. Pero al poco tiempo una idea repentina enjugó sus ojos y dibujó sobre su pálido semblante un rayo de esperanza.

—Ese jóven, dijo para sí, que acaba de entrar tan alegre en casa de Cabard, es sin duda alguna bueno y sensible; es jóven y parece rico. Cuando se tienen pocos años y mucho dinero, no hay avaricia, el corazon se apiada del infortunio.... Pues bien; esperaré á que salga, le seguiré y cuando me halle fuera del barrio le pediré que me dé dinero para comprar pan á mis hijos, que morirán necesariamente de hambre si no les proporciono algo para comer.....

Tomada esta resolucion, Gomire apoyó los codos sobre su fragua y acechó la salida del jóven en tanto que se acostaban sus hijos, á quienes prometió para tranquilizarlos que al siguiente dia tendrian un hermoso pan de Gonesse.

Pero las horas pasaban y Julio no salia. Habia entrado en casa del barbero á las seis; eran las diez y Gomire esperaba aún.

El desgraciado creyó que el estranjero habia salido sin que él lo hubiese notado, y despues de haber contado, siempre en la misma postura, todas las horas de la noche, vió con terror despuntar el dia; sabia que sus ocho hijos le pedirian pan y no podia dárselos.....

Felizmente para aquel desgraciado padre, los muchachos se habian dormido bastante tarde, y antes de que hubiesen despertado, Chapolard entró dando voces en la tienda del cerrajero.

V.

—Buenos dias, Gomire, muy buenos dias! decia el posadero de los *Tres Reyes*. Vengo á traerte un buen negocio que te valdrá tal vez muy buen dinero y con poco trabajo.... mi querido Gomire.... porque el caballero Andrés es un hombre muy generoso .....

Pero en tanto que hablaba de este modo, Chapolard fijó en Gomire sus ojos, y viéndole pálido y desfallecido esclamó:

—¿Qué es lo que tienes, Gomire? ¿Te ha sucedido alguna desgracia?

—Nada nuevo; respondió el cerrajero con acento sombrío. El trabajo no dá de comer, Chapolard.... tengo ocho hijos que me pedirán con tanto mas motivo de almorzar, cuanto que anoche no cenaron.

—¡Cómo es eso! qué dices! preguntó Chapolard; ¿con que esas tenemos, mi pobre Gomire?

Y tomando un aire de mal humor para ocultar su emocion, prosiguió:

—¡Por la veleta de Nuestra Señora! ¡por qué no vienes á los *Tres Reyes* cuando estás apurado! ¿No hay siempre en mi casa para tí un pan y unas cuantas monedas en mi bolsillo? ¿No somos amigos, Gomire?

—Es cierto, Chapolard, contestó el cerrajero estrechando la mano que le tendia su amigo. Conozco todo vuestro buen corazon. Pero ¿qué quereis? temo ser importuno.

—Ta, ta, ta: un hombre honrado nunca es importuno; ademas de que yo no quiero darte nada, solo quiero prestarte, porque estoy seguro de que tú serás con el tiempo mas rico que yo.... y entonces..... Pero entre tanto toma esto á cuenta de tu trabajo y dá de almorzar á tu prole.

Y diciendo esto, Chapolard deslizó en la mano de Gomire mas dinero del que este podia ganar en una semana.

Gomire estrechó de nuevo la mano del posadero, y en seguida salió á procurarse alimento. Pronto volvió á entrar con un magnífico pan de Gonesse y con los bolsillos llenos de nísperos, que eran para los pobres niños un suculento manjar.

Cuando hubo provisto de este modo al almuerzo de sus hijos, Gomire se puso á disposicion del posadero.

—Ahora, dijo, soy enteramente vuestro.

—Está bien, toma tus herramientas y vamos.

—Pero no me habeis dicho para qué me necesitais.

—¡Ah! ¡pues es verdad! tu desgraciada posicion me habia distraido, mi querido Gomire; pero ya estoy sereno. Vamos, toma lo que necesites para descerrajar un cofre primorosamente trabajado. Contiene sin duda alguna suma de mucha consideracion, y en los tiempos que corren, solo á una persona honrada como tú se pueden confiar semejantes encargos.

Dicho esto, el artesano tomó sus herramientas y siguió á Chapolard.

Al poco tiempo llegaron á la posada de los *Tres Reyes* y se hallaron en presencia del caballero Andres.

VI.

¿Sabeis que es singular la conducta de mi hermano, señor Chapolard? esclamó Andrés viendo entrar al posadero. Son las nueve y desde ayer á las seis Julio no ha venido por aquí..... Y eso que ya sabe que hoy por la mañana necesito unos papeles que están en este cofre de que él tiene la llave.

—¡Hum! ¡hum! contestó el posadero meneando la cabeza: esta larga ausencia del señor Julio es tanto mas sospechosa, cuanto que está enredado con esa.....

—Vamos, buen hombre, prosiguió Andrés dirigiéndose á Gomire, descerrajad ese cofre ya que á ello dá lugar el aturdido de mi hermano.

—En lugar de ponerse á trabajar al momento, Gomire miraba al estranjero con la mayor atencion. Escepto en la edad, Andrés se parecia tanto al jóven que habia visto el dia antes entrar en casa de su vecino Cabard, que el cerrajero no pudo menos de decir:

—Perdonadme, señor estranjero, ¿vuestro hermano va como vos vestido á la española? ¿No es de vuestra estatura, vuestro aire, vuestros modales? ¿No se os parece en todo escepto en la edad?